

Dimensión humana y cristiana de la afectividad¹

JOSE MANUEL SANCHEZ CARO
Rector de la Universidad Pontificia
Salamanca.

1. INTRODUCCION

Cuenta el primer libro de la Biblia (Gn 2, 18-24), que después de modelar Dios al hombre con barro de la tierra, se dio cuenta de que estaba solo. Entonces quiso hacer una ayuda y compañía adecuada para él. por eso formó del barro del suelo todos los seres existentes, todos los animales del campo y las aves del cielo y los llevó ante el hombre, para que les diese nombre. Y el hombre lo hizo, pero no encontró ayuda adecuada para él. Seguía solo. Entonces, provocando un profundo sueño en el hombre, de una de sus costillas hizo Dios a la mujer y, despertando al hombre de su sueño, la presentó ante él. Este gritó entonces emocionado: «Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne».

El relato, en su profunda ingenuidad, transmite una experiencia humana eterna e inolvidable. Nos habla de la imposible vocación humana de la soledad absoluta, nos muestra el remedio de la soledad en la diferencia de los sexos, llamados a complementarse mutuamente en plano de igualdad, pero siendo diferentes; y nos presenta de modo bien gráfico la reacción afectiva de Adán frente a Eva, expresada en una «gozosa bienvenida», según expresión del poeta alemán G. L. Herder. Reacción afectiva que exige, según afirma un conocido exegeta, el lenguaje poético con que Adán se expresa a continuación (Westermann 123-125): gritó emocionado al reconocerla sin haberla visto y descubrió su ayuda, su complemento, su igual y su diferente.

¹ Conferencia pronunciada el 23 de febrero de 1991 en el III Congreso de la Familia, organizado por la Federación de Asociaciones de Padres de Alumnos de Castilla y León en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Son muchas las cosas que sobre este inolvidable relato se han dicho. Aquí quiero subrayar únicamente cómo la Biblia representa al ser humano con vocación de compañía, con vocación social; cómo esta vocación de compañía hace nacer la diferencia de sexos, hombre y mujer; cómo esta diferencia de sexos que le abre al mundo exterior a él provoca la primera expresión de afectividad humana; y cómo este grito afectivo expresa la igualdad radical entre hombre y mujer (hueso de mis huesos, carne de mi carne; hombre y mujer, *ish-isha* en el intraducible juego de palabras hebreas), precisamente porque descubre su diferencia y con ella hace posible la nueva unidad más completa: serán dos en una sola carne.

Este relato bíblico, que acabo de evocar, es el marco en el que desearía encuadrar mi aportación.

Sin olvidar los aspectos psicológicos y pedagógicos generales, sobre los que es imprescindible estar informado, les ofrezco una visión personal de la afectividad, tanto desde el punto de vista de mi experiencia como educador a lo largo de muchos años, cuanto a partir de mi indagación, no menos personal, en las perspectivas cristianas de esa misma afectividad.

2. ALGUNOS DATOS DESDE LA PSICOLOGIA

Erich Fromm, en su clásico libro sobre *El arte de amar*, afirma que la necesidad más profunda del hombre es la necesidad de superar el aislamiento, lo que él llama con un neologismo «la separatividad» (*separateness*), la necesidad de abandonar la prisión de su soledad. Y esto hasta tal punto que, como él mismo afirma, el fracaso *absoluto* en el logro de esa finalidad significa la locura, porque el pánico del aislamiento total sólo puede vencerse por medio de un retrainamiento tan radical del mundo exterior, que el sentimiento de separación se desvanece... porque el mundo exterior, del cual se está separado, ha desaparecido (Fromm 21). Pues bien, el motor que nos impulsa a superar esa soledad inhumana (porque no permite desarrollarse al ser humano en todas sus potencialidades) es la afectividad.

Un viejo clásico, Santo Tomás, recogiendo la experiencia de investigaciones y observaciones de siglos con el sobrio lenguaje escolástico que le caracteriza, afirma que la afectividad es una energía de carácter sensible y espiritual que impulsa al hombre a actuarse, mediante el ejercicio de las facultades y, se trata por supuesto y sobre todo de un teólogo, con la ayuda de la gracia, para conseguir la plenitud de su ser.

Según Freud, el gran indagador de las disposiciones humanas del subconsciente, la estructura interior de la persona humana se divide en tres categorías: lo genital, lo sexual (o sensible) y lo espiritual. Reconoce que una misma energía afectiva, diversamente sublimada a partir de lo genital, potencia y anima estas tres facultades de relación y nos

hace salir de nosotros mismos e ir en busca del otro (cf. Valero 18-20; Golse 9-36).

Marie Paule Vinay, psicóloga de nuestros días, define la afectividad como la facultad de sufrir y de gozar, es decir, de sentir (Vinay 55). Para otro psicólogo contemporáneo, la afectividad tiene su origen en esa zona misteriosa, donde parece que se verifica la síntesis maravillosa del cuerpo y del alma; allí donde confluyen, sin confundirse, las energías de orden sexual, sensible y espiritual (Sáiz de Vicuña). Podríamos concluir este leve acercamiento a realidad tan compleja, diciendo con Beuler que la afectividad es aquella parte de nosotros mismos en donde nacen y se desarrollan el conjunto de relaciones armónicas o desarmónicas, a menudo inconscientes, que nos hacen vibrar en concordancia con el universo de las personas y las cosas (Valero 20).

Naturalmente que todo esto es más que discutible. Pero, dándolo por bueno, percibo en todos estos intentos de acercamiento a la afectividad para conocerla mejor una doble dimensión. Se trata de una respuesta humana a la superación del aislamiento; se expresa esta necesidad de comunicación no racionalmente, sino mediante una serie de sentimientos, de los cuales el más profundo es el amor, expresado de múltiples maneras. Tratemos de describir lo que acabo de decir.

3. LA AFECTIVIDAD COMO INSTRUMENTO DE APERTURA AL OTRO

Estamos acostumbrados a definir al ser humano como animal racional, y es correcto. Pero esta definición nos hace olvidar que la cualidad de razonar no es la primera que desarrollamos en la vida, ni el instrumento primario con que nos abrimos a los otros. Mucho antes de empezar a pensar y a formular los pensamientos con palabras, «conocemos» lo que nos rodea y lo amamos o tememos. La puerta primera mediante la que nos abrimos al mundo exterior a nosotros es la afectividad. Y, curiosamente, el primer sentido mediante el cual experimentamos y ejercemos esa afectividad es el tacto.

Ashley Montagu, un psicólogo y sociólogo que escribió un interesante libro sobre la dirección del desarrollo humano, quizá demasiado optimista en sus planteamientos, allá por los años cincuenta de nuestro siglo, observaba que incluso seres vivos elementales, como las amebas, tendían constantemente a asociarse por el contacto físico, formando colonias, lo cual les permitía un desarrollo mucho más eficaz que cuando permanecían aisladas (Montagu, 25 ss.).

El mismo autor recuerda aquella descripción hecha no sin cierto humor, según la cual el amor es la armonía de dos almas y el contacto de dos epidermis. Siendo una verdad dicha en broma, alude por lo menos a un hecho que se olvida con frecuencia, el contacto de la epidermis. El contacto cutáneo entre el niño y la madre tiene evidentemente un valor orgánico para el niño. «Evidentemente» porque es evi-

dente para cualquiera que haya observado a un niño acurrucado en el regazo de su madre, que de ese contacto obtiene sensaciones agradables. El contacto cutáneo entre la madre y el niño constituye habitualmente el primer acto de comunicación entre ambos y el contacto cutáneo parece ser el lenguaje que mejor entiende el niño durante algún tiempo (Montagu 116).

Literalmente prosigue Montagu: «Los beneficios que el lactante recibe del acto de mamar y de la estimulación perioral se aprecian en la relativa ausencia de trastornos gastrointestinales en el niño amamantado en comparación con el niño criado con biberón. Investigaciones posteriores revelarán probablemente que el niño amamantado respira mejor que el niño criado con biberón» (Montagu 117).

Quizá tengamos que recordar aquí también y con el mismo autor la importancia que tiene entre los mamíferos (excepto el hombre) el acto de lamer sus crías tras el parto por parte de la madre. Generalmente nosotros decimos que la madre «lava» su cría. Pero hay algo más. Investigaciones numerosas han puesto de relieve que este acto es vital para que la cría nacida desarrolle correctamente las funciones respiratorias, gastrointestinales y evacuatorias.

En la misma línea Spurgeon English ha afirmado que el amor y el tacto son inseparables e indivisibles, que en el ser humano no puede surgir el amor sin tacto y excitación sensual, y que la cooperación necesaria para la conformidad social no es posible sin afecto y estimulación táctil. Deseamos tocar lo que amamos. Y Charlotte Wolf, otra psicóloga, señala que «en el afecto protector, la ternura tiene una cualidad *táctil*, expresada principalmente en gestos cautelosos y delicados de las manos que satisfacen el placer del contacto y una inconsciente curiosidad física. Tocando el objeto de su afecto, el niño adquiere su primer conocimiento emocional y sensual de los otros» (cf. Montagu 118).

Así, pues, nos abrimos al mundo físico y emocional mediante manifestaciones de ternura, expresadas sobre todo por el tacto, que es la expresión primera de la afectividad. Con ella, según nos dicen los psicólogos, expresamos y satisfacemos la necesidad psíquica de una respuesta emocional por parte de otros individuos, expresamos la necesidad de afecto, de amor. porque entre las necesidades básicas emocionales (no vitales) del ser humano, es decir aquella «exigencia o necesidad biológica que no es necesaria para la supervivencia física del organismo, pero que es preciso satisfacer para que éste se desarrolle y se mantenga en un estado adecuado de salud mental» (capacidad de amar y capacidad de trabajar), están la necesidad de ser amado, la necesidad de amar, la necesidad de estar con otros, la de la comunicación (Montagu 137).

Todo esto lo saben bien los pediatras y las madres, que conocen por propia experiencia cómo el cuidado del niño debe comenzar por el cariño. Las relaciones entre madre e hijo durante los primeros días que siguen al parto tienen una extremada importancia. El recién nacido

necesita la presencia de una voz cariñosa, solícita, el contacto cálido y suave del cuerpo de su madre. Bevan Brown considera fundamentales para el desarrollo mental posterior del niño sus experiencias de lactante. Las sensaciones táctiles, orales, esofágicas y gástricas que experimentan son muy importantes para que se vaya desarrollando en él un sentimiento de seguridad (Montagu 152-53). No es necesario insistir aquí en algo tan conocido como el hecho de que la ausencia de madre y de estos contactos pueden llevar de hecho a enfermedades graves en el desarrollo del niño. Quizás por eso un viejo proverbio egipcio afirma que, como Dios no podía estar en todas partes, creó a las madres (Montagu 181).

4. DE LA AFECTIVIDAD AL AMOR Y A LA SEXUALIDAD

Afirma el profesor A. Vázquez recogiendo la investigación de muchos psicólogos, que la afectividad humana se diferencia progresivamente en *cinco categorías de amor primario*, mediante las cuales se expresa y realiza el sujeto a través de relaciones interpersonales típicas. Estas cinco categorías de amor, que aquí no podemos describir con detalle, son el amor filial, el amor fraterno, el amor de amistad, el amor erótico-sexual y el amor paternal. Se trata de categorías que expresan a la vez distintos estadios cada vez más maduros de la expresión afectiva del amor, válidos sustancialmente para el hombre y la mujer y no necesariamente excluyentes uno de otro (Vázquez 73).

El *amor filial*, que nace con la dependencia y abandono del hijo en manos de sus padres, puede subsistir como amor agradecido, tierno y respetuoso, que conlleva un matiz de dependencia reconocida y cierta sumisión obediencial, pero no alineante, sino promotora de libertad y autonomía, por la gozosa seguridad y el amparo que recibe el hijo de quienes son la fuente originaria de su ser personal. El *amor fraterno* se dirige al otro, reconocido como «igual» por ciertos vínculos familiares. El *amor de amistad* es un amor típicamente humano y espiritual, que no se funda en la carne y la sangre, ni hunde sus raíces en el universo familiar, sino que brota del encuentro entre un yo y un tú, como sujetos personales. El *amor erótico-sexual* es expresión anímica a la vez de la libido sexual a nivel orgánico, por lo que en él juega un importantísimo papel el cuerpo, y de un sentimiento amoroso más espiritualmente personal, por lo que la belleza y la gracia del cuerpo se convierte en vehículos de un profundísimo encuentro personal entre dos que se aman. Finalmente, el *amor paternal* o amor de donación es un amor esencialmente creativo, propio de un sujeto que haya alcanzado ya un alto grado de madurez personal, y se caracteriza por ser promotor de libertad y autonomía en el que ama.

Nada de particular tiene que en una visión integrada como la que acabamos de exponer siguiendo al prof. Vázquez, elaborada a partir de

los datos de la investigación psicológica según un modelo antropológico personalista, podemos llegar a la conclusión primera de que la sexualidad, como expresión de la afectividad, necesita integrarse en esa maduración del amor personal que necesita toda la vida para irse haciendo cada vez más compleja y equilibradora de una vida que no se cierra egoísticamente en sí misma, sino que se abre generosamente al otro. Nada más lejos de esta visión integradora que una educación afectiva en la que la sexualidad se tomase como valor aislado en sí mismo, ajeno a las necesidades de apertura al otro y totalmente separado de las otras categorías de amor con que la afectividad se expresa. Sin duda que una visión como ésta presta un buen soporte a la reflexión cristiana sobre la afectividad, que es objeto de nuestra exposición.

5. EL AMOR COMO EXPRESION DE LA AFECTIVIDAD

El tema «La educación de la afectividad», nos invita a pensar en la educación para el amor, comprendiendo bajo esta palabra todas las dimensiones que del amor acabamos de describir. Es verdad que en rigor se podría hablar también de una educación general para cualquiera de los sentimientos que nos abren a la vida: alegría y tristeza, gozo y sufrimiento, placer y dolor. Pero sin duda el amor es el gran sentimiento que llena la vida afectiva de cualquier humano y a él nos tenemos que ceñir.

Según E. Fromm el amor es una actividad, no un afecto pasivo; es un «estar continuado», no un «súbito arranque». En el sentido más general puede describirse el carácter activo del amor, afirmando que amar es fundamentalmente *dar*, no recibir (Fromm 35). Dar no significa aquí dar cosas, sino dar de lo más precioso que tiene la persona, de su propia vida, lo cual no significa sacrificar su vida por la otra, sino dar lo que hay de vivo en él —su alegría, su interés, su comprensión, su conocimiento, su humor, su tristeza— dar de todas las expresiones y manifestaciones de lo que está vivo en él. Dando así, necesariamente se recibe lo que se da a cambio, necesariamente se engendra amor. Todo amor engendra amor. Al contrario, «si amamos sin producir amor, es decir, si nuestro amor como tal no produce amor, si por medio de una expresión de vida, como personas que amamos, no nos convertimos en personas, entonces nuestro amor es impotente, es una desgracia» (Fromm 38). En el fondo, dar significa recibir.

Además del elemento de *dar*, prosigue E. Fromm, el carácter activo del amor se vuelve evidente en el hecho de que implica ciertos elementos básicos, comunes a todas las formas de amor. Estos elementos son: *cuidado*, *responsabilidad*, *respeto* y *conocimiento* (Fromm 39-41).

Cuidado, porque el amor es preocupación activa por la vida y el crecimiento de lo que amamos. *Responsabilidad*, ya que ser responsable significa estar listo, dispuesto a responder, y la persona que ama,

responde. *Respeto*, pues la responsabilidad podría degenerar fácilmente en dominación y posesividad, si no fuera por este tercer componente del amor. El respeto implica ausencia de explotación y sólo existe sobre la base de la libertad: el amor es hijo de la libertad, nunca de la dominación. *Conocimiento*, finalmente, porque respetar a una persona sin conocerla es tarea imposible.

«Cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento son mutuamente interdependientes. Constituyen un síndrome de actitudes que se encuentran en la persona madura» (Fromm 46).

6. DIMENSION CRISTIANA DE LA AFECTIVIDAD

Ahora estamos en condiciones de presentar, aunque sea resumidamente, la dimensión cristiana de la afectividad, tanto desde la perspectiva general del amor, como desde la más concreta de la sexualidad que, desde el punto de vista estudiado, se integra entre las manifestaciones del amor personal.

a) *La afectividad expresada en un amor y sexualidad integrados en la persona humana.*

Efectivamente, para el cristiano todo ser humano existe por un acto de amor del Dios creador y puede realizarse plenamente (salvarse en sentido cristiano) por un acto del Dios redentor: «Tanto amó Dios al mundo, que envió a su Hijo, para que tengan vida eterna y no perezca ninguno de los que creen en él» (Jn 3,16).

Para el cristiano Dios ha creado al ser humano no en abstracto, sino hombre y mujer: «Dios creó al ser humano a su imagen; a imagen de Dios lo creó; macho y hembra los creó» (Gn 1, 27). Este texto, al comienzo de la Biblia, ha sido recibido plenamente por Jesús y por la Iglesia. Y quiere decir que el ser humano (así traduzco la palabra hebrea que aquí significa hombre) es imagen de Dios en cuanto ser diferenciado: hombre/mujer. El cuerpo y el espíritu, todas las dimensiones del ser humano, su amor y sexualidad, su conocimiento y su afectividad, contribuyen a hacer del hombre y de la mujer imagen de Dios.

Por eso, para el cristiano la afectividad no puede reducirse a la sexualidad o a los puros afectos espirituales. Es una visión integradora la que hace justicia a la visión cristiana del hombre. Con ello estamos integrando desde una perspectiva cristiana cuando acabamos de exponer, aprendiendo de los psicólogos.

Comentando el pasaje del libro del Génesis, con el que hemos abierto esta conferencia, decía K. Barth, uno de los grandes teólogos y exegetas protestantes: «Los hombres son simplemente varones y hem-

bras. Todo lo que ellos sean es sólo sobre la base de esta diferenciación y relación. esta es la dignidad particular adscrita a la relación sexual» (cf. Häring II, 516.). Es éste un punto que los cristianos debemos asumir, abandonando ya toda una serie de prejuicios y temores para aceptar la naturaleza sexuada del ser humano, que derivan de una comprensión no recta de la sexualidad, a la que durante tantos siglos se ha puesto bajo sospecha en la Iglesia. Como afirma la *Declaración sobre ciertas cuestiones referentes a la ética sexual*, promulgada hace años por la Congregación romana para la Doctrina de la fe, «del sexo recibe la persona humana las características que en los planos biológico, psicológico y espiritual hacen de esta persona un varón o una mujer, y por ello condiciona en gran medida su progreso hacia la madurez y la inserción en la sociedad» (Declaración de 1975, n.1)».

Teniendo en cuenta la perspectiva totalizante de la persona humana expresada en los documentos del Vaticano II, especialmente en la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, así como una visión fundada en la antropología bíblica, a la que acabo de aludir, puede sugerirse con algunos teólogos moralistas recientes, que la sexualidad humana ha de ser entendida en un sentido más amplio que el recogido en gran parte de nuestra tradición. En consecuencia, definiríamos la sexualidad humana simplemente como la manera de estar en el mundo y relacionarse con el mundo como persona *masculina o femenina*. La sexualidad, por consiguiente, es el modo o manera en que los hombres experimentan y a la vez expresan tanto lo completo de sus individualidades como su condición relacional con respecto unos a otros en su calidad de hombres y mujeres. El libro del Génesis nos recuerda que el varón y la mujer juntos reflejan la imagen y semejanza de Dios. La sexualidad humana es la manifestación concreta de la llamada divina a la complementariedad, una vocación que se dirige a todas y cada una de las personas en el mismo acto de la creación y que hunde sus raíces en la misma entraña de su ser. La sexualidad no es meramente un fenómeno biológico o físico accidental a los seres humanos, sino parte integrante de su autoexpresión y de su tarea de comunicación a los demás (Kosnik 104-105).

b) *La afectividad integrada en la persona de Jesús y el específico amor cristiano.*

Cualquier exegeta de hoy conoce bien las dificultades existentes para poder afirmar con detalle los aspectos claramente biográficos descriptivos de la personalidad de Jesús. Pero también es cierto que en los evangelios, aunque no sean puras historias biográficas ni nos hablen detalladamente de los afectos del hombre Jesús, éstos jamás se ocultan. En último término, aún adoptando la actitud más escéptica sobre el valor histórico de las descripciones anímicas de Jesús, siempre podemos afirmar que la Iglesia neotestamentaria jamás sintió miedo ni pudor alguno, al trasmitirnos una imagen de Jesús plenamente humana y, en consecuencia, plena de afectividad.

Recojamos, aunque sea sólo a título ilustrativo y de ejemplo, algunos detalles. Según Mt 9, 36, al ver Jesús a la muchedumbre, sintió compasión de ella, «porque estaban abatidos como ovejas que no tienen pastor». Todos los evangelistas, cada uno a su modo, presentan a Jesús airado en la expulsión de los vendedores del templo (Jn 2, 13-17 y paralelos). En otros casos manifiestan su ternura por los niños que las madres llevan a su lado para que los toque (Lc 18, 15-17), pone su mano (¡tocándolos!) sobre sus cabezas (Mt 19, 13-15 par.), los abraza (Mt 9, 36 par.). No condena a la adúltera (Jn 7, 2-11), acoge a la prostituta (Lc 7, 36-50), llora ante la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11,33-34), se conmueve con la muerte del hijo de la viuda de Naín (Lc 7,13), llama amigos a sus discípulos y como tales los trata (Jn 15, 15), rechaza la hipocresía de algunos fariseos (Mt 23, 1-36), se siente defraudado ante el joven rico a quien manifiesta su cariño (Mc 10, 21), experimenta angustia ante la muerte (Lc 22, 44), es amigo de la familia de Lázaro (Jn 11, 3.5), de María Magdalena y de otras mujeres (Lc 8, 2-3). Nunca pronuncia una palabra en contra de las relaciones sexuales humanas, salvo cuando éstas convierten a la otra persona en puro objeto de deseo (Mt 5, 28).

Podríamos seguir, aportando más referencias, si bien éstas son suficientes para nuestro objetivo. Por otra parte, es ciertamente difícil asegurar que todos estos relatos reflejan siempre y con detalle los afectos de Jesús. El género literario de los evangelios no permite sacar sin más esta conclusión. Pero es llamativo que, incluso en escritos como los evangelios, que no cuidan particularmente de las expresiones afectivas, Jesús se nos muestre como un hombre equilibrado, que acepta gozoso los aspectos gozosos de la vida y no teme enfrentarse con los dolorosos y duros, si ello es necesario para llevar a cabo la obra que el amor al Padre le impulsa a completar. Además, la imagen de Jesús que acabo de presentar a partir de estas referencias evangélicas, encuentra su mejor confirmación en las parábolas del mismo Jesús, reflejo auténtico de su espíritu y de su fina capacidad de observación, expresión de una poesía profunda y popular a la vez, que nunca puede existir sin una humanística sensibilidad afectiva en el trasfondo.

Todo ello invita a entender la entrega de Jesús por nosotros como un acto de amor consciente, que se realiza en dar la vida sin reservas por los amigos (Jn 15, 13), a quienes ama «hasta el extremo» (Jn 13, 1). De aquí que la actitud cristiana por excelencia sea el amor, a imagen de Jesucristo, tal y como lo ha expresado en palabras inolvidables el evangelio de san Juan (cf. Jn 13-15) y lo canta Pablo en las cartas a los Corintios y a los Romanos (cf. 1 Cor 13; Rom 8).

c) *Educación para el amor.*

Desde estos presupuestos puede entenderse ahora mejor la crítica que nuestros obispos hacen en su reciente documento *La verdad os hará libres* a una pura información sobre la sexualidad como única o preferente educación para la afectividad:

«la cultura dominante trata de legitimar la separación del sexo y del amor; del amor y la fidelidad al propio cónyuge; de la sexualidad y la provocación. Y no se regatean los medios para imponer estas formas de pensar y de actuar. Así se pretende reducir la dimensión sexual del varón y de la mujer a la satisfacción de placer y de dominio, aislados e irresponsables.

Más aún, con frecuencia, se rivaliza frívolamente la sexualidad humana, autonomizándola y declarándola territorio éticamente neutro en el que todo parece estar permitido (...).

Unida a esta trivialización, e inseparable de ella, está la instrumentalización que se hace del cuerpo. Se hace creer, en efecto, que se puede *usar* del cuerpo como de un instrumento de goce exclusivo, cual si se tratase de una prótesis añadida al Yo. Desprendido del núcleo de la persona, y a efectos del juego erótico, el cuerpo es declarado zona de libre cambio sexual, exenta de toda normativa ética; nada de lo que pudiera afectarle la elección de este o de aquel pasatiempo inofensivo. La frívola trivialización de lo sexual es trivialización de la persona misma, a la que se humilla muchas veces reduciéndola a la condición de objeto de utilización erógena; y la comercialización y explotación del sexo o a su abusivo empleo como reclamo publicitario son formas nuevas de degradación de la dignidad de la persona humana» (n. 19).

7. CONCLUSIONES

Permítaseme ya sacar algunas conclusiones, expresadas con brevedad a partir de todo cuanto acabo de decir.

a) La afectividad como apertura del ser humano al mundo y a los otros seres humanos que le rodean es la gran fuerza que nos pone en contacto con el otro. Lo hace de manera especialmente eficaz distintas manifestaciones del amor, de las cuales una de las más notables es el amor sexual.

b) Esta apertura al mundo y a los otros hace crecer a la persona y la madura. Para ello es preciso educar la afectividad, sin prescindir de ninguna de sus manifestaciones corpóreas y espirituales.

c) Una educación de la afectividad jamás podrá darse prescindiendo de todas las dimensiones del amor y sin el contexto necesario que oriente hacia la maduración de la persona. Ni la pura educación «espiritual», que oculta los elementos esenciales de la corporeidad humana, ni la mera información sexual, que elimina los elementos formativos de la integración de la sexualidad en el ámbito más amplio del amor personal, puede ser maduradores de la persona.

d) El cristiano, que reconoce a Dios como a aquél que le ha creado para compartir el mundo con los otros y que por eso sabe que no está sólo en el mundo ni puede realizarse sólo, acepta todos los datos que la investigación psicológica le pone al alcance de su conocimiento. Por ello procura integrarlos en una visión personal y abierta al otro por

el amor, al estilo de Jesús, cuya existencia fue «ser para el otro» en un acto supremo de amor.

e) Para el cristiano, como para los demás seres humanos, la afectividad se expresa también legítima y necesariamente en la sexualidad, que forma parte de su ser como persona imagen de Dios y que por eso mismo ha de educar en el contexto de una formación personal integral.

f) Esta educación no puede ser nunca mera información sobre mecanismos psicológicos o fisiológicos, aunque sea necesario conocerlos. Junto a la información, es necesario incluir la formación; al lado de la pura instrucción, se precisa la necesaria educación.

g) Toda educación de la afectividad ha de ser una educación que plenifique y madure a la persona. Esto se logra cultivando no aquellas dimensiones parciales que cierran a la persona en una afectividad ego-céntrica, sino cultivando una afectividad que le abra a los otros, que le impulse a dar.

8. FINAL

De todo cuanto acabamos de decir aparece claro que la afectividad se expresa principalmente mediante el amor con todas sus dimensiones. Por eso, quizá el mejor final de esta reflexión sobre las dimensiones humana y cristiana de la afectividad sea la glosa que Bernard Häring hace al inolvidable cántico del amor, glosada a su vez para adaptarla a lo que ha sido objeto de nuestro estudio:

Si cualquier persona conociese todas las verdades sobre la afectividad, pero no tuviera amor, que es su máxima expresión, no sería nada. Si la afectividad no se manifiesta en un amor abierto y personalizado, no es nada.

Quienes sienten afecto mutuo, tal vez entreguen todas las cosas que poseen, incluso permitan que sus cuerpos sean quemados, pero si no tiene amor no son nada.

El amor, como expresión de la afectividad, es gozoso. El amor es paciente y tiene el poder del perdón. El amor es afable y tierno, no es envidioso. El amor no se engríe jamás, sino que reconoce agradecidamente los bienes de los demás. El amor no es desaprensivo ni rudo; condena a muerte al egoísmo y, en consecuencia, no se ofende con facilidad. El amor no guarda rencor, sino que tiene un recuerdo saludable de todas las personas y de todos los bienes recibidos. El amor no se alegra de los pecados de los otros. Se siente feliz por la verdad de que el amor, por su bondad, puede vencer al mal.

No existe cosa alguna a la que el amor no pueda hacer frente. De manera especial en una solidaridad salvadora, no existe límite a su fe, fe en que toda la creación entera es fruto del amor y en que el amor

alcanzará la victoria final. De ahí que su esperanza no tenga límites. Sabiendo que la redención mana de la muerte y resurrección de Cristo, tampoco existe límite para su perseverancia. El amor jamás tendrá fin (cf. 1 Cor 13, 1-8; Häring II, 526-7).

BIBLIOGRAFIA

- A. Kosnik (ed.) (1978). *La sexualidad humana. Nuevas perspectivas del pensamiento católico*. Madrid: Cistiandad.
- Ashley Montagu (1975). *La dirección del desarrollo humano*. Madrid: Tecnos (ed. original Nueva York 1955).
- A. Vázquez (1984-1985). Sexualidad y celibato consagrado. *Vocaciones* 106-107, 63-87.
- E. Fromm (1966). *El arte de amar. Una investigación sobre la naturaleza del amor*. Buenos Aires: Paidós.
- CEE (1990). «*La verdad os hará libres*» (Jn 8, 32). Madrid: Edice.
- J. M^a. Valero García (1968). *Evolución emotiva*. Madrid: Doncel.
- B. Golse (ed.) (1987). *El desarrollo afectivo e intelectual del niño*. Barcelona: Masson.
- J. Ortega y Gasset (1958). *Estudios sobre el amor*. Madrid: Revista de Occidente.
- Marie P. Vinay (1959). *Traité d'hygiène mentale*. Quebec: Pélican.
- J. Rof Carballo (1967). *Violencia y ternura*. Madrid: Prensa Española.
- R. Dantzer (1989). *Las emociones*. Madrid: Paidós.
- B. Häring (1982). *Libertad y fidelidad en Cristo. Teología moral para sacerdotes y seglares*, 3 vols. Barcelona: Herder.
- C. Westermann (1976). *Schöpfung*. Stuttgart: Kreuz Verlag.

ABSTRACT

The human and Christian dimension of affectivity is studied, bearing in mind the general psychological and pedagogical aspects which best contribute to a proper understanding of the same. The education of affectivity can never take place without all the dimensions of love, and without necessary context which leads towards the maturing of the person. Neither purely 'spiritual' education, which conceals the essential elements of human embodiment, nor mere sexual information which eliminates the formative elements of the integration of sexuality within the fullest ambit of personal love, can fully mature a person. The necessary expression of affectivity in sexuality is an integrating element of the same, desired by God.